

La niebla, fría y espesa, no se había levantado aún de la frondosa garganta, mientras un sol mortecino empezaba a despuntar lentamente sobre las cumbres, haciendo que en Shodroda, una aldea escondida entre las laderas del Cáucaso, todos se pusieran en pie para encarar una nueva jornada. Las mujeres ordeñaban las vacas; los niños, desgredados, corrían por las calles e ideaban juegos con los que pasar el rato. Una mañana normal para el pueblo, cuyos vecinos iban a sacudirse de golpe su somnolencia con la repentina llegada de los pastores: habían bajado corriendo de la pradera y, casi sin aliento, contaban a voz en grito que unos guerrilleros estaban atravesando el paso de montaña y se dirigían a la aldea.

Conducían borricos cargados con fusiles y cajas de municiones, y caminaban sin ocultarse, como si no sintieran el menor temor a encontrarse con los soldados que patrullaban por la frontera. Al mediodía estaban ya en el pueblo. Nadie se enfrentó a ellos, entraron sin disparar un solo tiro. Los policías locales habían pasado la noche bebiendo vino para celebrar el cumpleaños de un compañero, y en cuanto se enteraron de la llegada de aquel destacamento, metieron sus fusiles en los maleteros de sus coches y salieron pitando de allí en dirección a la ciudad más cercana. Además, en la aldea apenas quedaban hombres, aparte de los abuelos, ya que en esa época del año (en pleno verano abrasador) viajaban a Rusia a trabajar en la construcción o en la recolección, y así tener dinero para afrontar en las montañas el otoño frío y mísero que se avecinaba, y el gélido invierno que lo seguiría.

Los guerrilleros se mostraron amistosos. Reunieron a la gente en la plaza y anunciaron que habían venido de los montes para libe-

rarlos. El comandante habló de injusticia y de funcionarios corruptos, pero también del Todopoderoso, que resarciría a los campesinos de los daños y los perjuicios sufridos.

—¡En nombre del Todopoderoso declaro esta aldea libre e independiente de un gobierno que ha olvidado a Dios!

El barbudo comandante prometió además que sus guerrilleros no harían nada malo a la gente del lugar, e incluso prohibió a sus hombres coger manzanas de los árboles del pueblo.

—Uníos a nosotros y vivid según los preceptos del Altísimo—continuó diciéndoles a los aldeanos—. Si tenéis miedo de los helicópteros que aparecerán por aquí tan pronto como adviertan nuestra presencia, o si no os consideráis preparados para vivir como dicta el Señor, entonces podéis marcharos.

Su decepción resultó evidente una hora después, cuando los habitantes se pusieron en camino llenos de tristeza y abandonaron la aldea, en la cual ondeaba una solitaria bandera verde colocada por los guerrilleros en el minarete de la mezquita.

Aquel día los barbudos guerrilleros habían entrado en otras aldeas repartidas por los verdes valles del Cáucaso, hendido por la frontera que separaba el tranquilo Daguestán de la rebelde Chechenia. Se presentaron en Rajata, Ashino, Tando, Ansalta, Agvali, Galatli, Shauri, Andi y en una docena más de poblaciones situadas en los distritos de Botlij y de Tsumada, en territorio daguestano. Los habitantes de las aldeas sabían que esos hombres eran chechenos; los reconocían por su acento, pero también por su manera de comportarse, poco frecuente por esas tierras. Los chechenos siempre habían tratado a los demás con arrogancia, pero su soberbia resultaba del todo insoportable desde que en el verano del 96, tras una guerra de casi dos años, lograran detener al ejército ruso, cien veces más poderoso, y lo obligaran a retirarse, cosa que no había sido capaz de conseguir ningún otro pueblo caucásico. En realidad, hacía mucho que ya ninguno de ellos intentaba siquiera desafiar a Rusia. Desde su victoria frente a los rusos, los chechenos no solo se pavoneaban ante los demás como nunca antes lo habían hecho, sino que además ahora se creían con derecho

a dar lecciones a sus vecinos y a inmiscuirse en sus asuntos. A Daguestán lo llamaban desdeñosamente Dar al-Kufr, la Tierra de los Infieles, aun cuando ellos mismos habían abrazado la fe de Mahoma mil años más tarde que los montañeses daguestanos. Antes de eso habían pasado siglos postrándose ante las montañas y los bosques sagrados, e incluso ante el dios de los cristianos, mientras en Daguestán los ulemas y jeques rivalizaban en devoción y conocimientos con los místicos de El Cairo, Bagdad o Estambul. De Daguestán salieron también los ilustres imanes caucásicos —el más destacado de los cuales fue Shamil—, que lucharon por un estado de Dios, además de por la libertad. De allí proceden igualmente las tres cuartas partes de los peregrinos caucásicos que cada año realizan el *hayy*, la peregrinación a La Meca, patria del Profeta. Los chechenos acogieron la fe mucho más tarde y a través de un falso profeta como fue el jeque Mansur, y por si eso fuera poco, el celo propio de los neófitos los llevó a denominar su territorio como Dar al-Islam, la Tierra de la Fe.

Ahora, desde que les habían plantado cara a los rusos, ya solo se ponían a sí mismos como ejemplo a seguir por los demás, y animaban a todos sus vecinos, cercanos o no, a que se unieran a ellos en su rebelión contra Rusia. Si se enteraban de que alguien había pronunciado la palabra «independencia» en Kabardia, Cherkesia, Balkaria o Karachai, de inmediato mandaban emisarios para establecer contacto, prestar apoyo y difundir la idea de crear un Estado único para todos los montañeses del Cáucaso. Con su arrogancia característica, explicaban a los montañeses daguestanos que, en realidad, Daguestán y Chechenia eran una misma cosa, y por tanto ambos pueblos debían echar cuanto antes de su país a los soldados, funcionarios y aduaneros rusos, para poder por fin vivir en libertad, respirar a pleno pulmón.

Cierto: los habitantes de la aldea de Shodroda, que había sido ocupada por los barbudos guerrilleros, consideraban a los chechenos de los suyos. Las fronteras separaban sus pueblos, sus pastos y sus abrevaderos solo en los mapas. Vivían muy cerca unos de otros, a un lado Botlij (en Daguestán) y al otro Vedenó (en Chechenia). Cuando el muecín de Shodroda llamaba a la oración a través del altavoz de hojalata sujeto con alambre a la pared de la mezquita, su voz ronca se

podía oír también en las aldeas chechenas situadas al otro lado del valle. Se conocían, se hacían visitas, comerciaban entre ellos, se invitaban a bodas y funerales, y, aunque no era frecuente, a veces sus hijas se casaban con los hijos de los vecinos. Mientras los chechenos luchaban en los montes contra los rusos, sus esposas y sus hijos se refugiaban en las casas de los montañeses daguestanos, que los alimentaban y cuidaban sin llevar la cuenta de los días que sus huéspedes se quedaban ni pedirles nada a cambio. Muchos habitantes de Daguestán, en especial chechenos afincados allí, se unieron a los guerrilleros para ayudarles en su guerra contra los rusos. No esperaban grandes muestras de gratitud, no lo hacían por eso; en el Cáucaso, dar refugio es un deber tan sagrado como lo es preservar el buen nombre de la familia o cobrarse las deudas de sangre que cada generación hereda de la anterior, la única manera de reparar daños o limpiar una deshonra. Pero lo que tampoco se imaginaban era que los chechenos, sin tan siquiera agradecerles la hospitalidad recibida, fueran a campar a sus anchas por los pueblos daguestanos y a entrar en sus casas empuñando los fusiles.

—¿A qué habéis venido? —preguntaron los ancianos de las aldeas daguestanas a los guerrilleros que bajaban de las montañas, en un intento por detenerlos—. Aquí no se os ha perdido nada.

—La Tierra entera pertenece al Creador —gruñó el comandante apartando a los canosos ancianos que le cerraban el paso—. Somos siervos del Todopoderoso y podemos ir donde nos plazca sin pedirle permiso a nadie.

Entre los guerrilleros había también muchos daguestanos. La presencia de los jóvenes del lugar entre las tropas guerrilleras parecía alentar de tal forma a los comandantes chechenos que se comportaban como si al imponerse por la fuerza a los campesinos daguestanos les estuvieran haciendo un favor. No esperaban encontrar posturas hostiles, ni siquiera recriminaciones. Daban la impresión de sentirse seguros de sí mismos, de la causa que los guiaba y de su victoria final. Trataban a los daguestanos que habían venido con ellos desde el otro lado de las montañas como lo hace un superior con sus subordinados, no como lo haría alguien que está de invitado en casa de personas dispuestas a realizar cualquier sacrificio por él. Los habitantes de

Shodroda, Tando y Ansalta no tardaron en darse cuenta de que esos barbudos, entre los cuales reconocían a paisanos y vecinos suyos, eran los mismos rebeldes que un año antes se habían visto obligados a huir de Daguestán al desatar las iras de las autoridades locales. Los funcionarios de Majachkalá los tacharon públicamente de criminales peligrosos, seguidores de una religión subversiva y maligna. Y ciertamente, los rebeldes habían proclamado la necesidad de derrocar ese gobierno, en su opinión corrupto e impío, por lo que casi un millar de ellos decidieron trasladarse a la vecina Chechenia, donde hallaron refugio. Se instalaron en la localidad de Urús-Martán, conocida en todo el Cáucaso por ser bastión de idealistas y fanáticos musulmanes, usurpadores y proscritos. No reconocían autoridad alguna y soñaban con un nuevo califato, que unos imaginaban como un Estado verdaderamente justo, y otros como un oasis de anarquía. Hasta Urús-Martán llegaron rebeldes caucásicos de todos los pelajes, e incluso guerreros árabes que viajaban por el mundo buscando una guerra santa donde morir como un mártir y ganarse así la entrada en el paraíso.

Urús-Martán era también tristemente famosa en el Cáucaso por su relevancia como mercado de esclavos, donde tenían su base de operaciones los jefes de las bandas armadas dedicadas a secuestrar personas para exigir después el pago de rescates. Urús-Martán escapaba a cualquier tipo de control (también al del presidente checheno, que allí no era reconocido), y a decir verdad nadie sabía exactamente lo que ocurría en aquel lugar. En cuanto las autoridades de Daguestán fueron informadas de que los rebeldes se habían refugiado en Urús-Martán, ordenaron reforzar la vigilancia en la frontera con Chechenia: bien sabían que los proscritos habían comparado su huida de Daguestán con la salida de Mahoma de La Meca, y habían prometido regresar triunfantes como ya lo hiciera el Profeta. Y volvieron, confiando en encontrar, al menos, el aplauso y la atención de los habitantes de las humildes aldeas fronterizas, olvidadas hace mucho por los funcionarios de la lejana Majachkalá, cuya única ocupación consistía en encontrar la forma de aumentar sus riquezas. Los rebeldes contaban con que, gracias a la ayuda de los experimentados guerrilleros chechenos, lograrían echar de la frontera a las patrullas

de soldados rusos y establecer en las tierras liberadas una república montañesa independiente de fieles creyentes. Con el tiempo, dicha república debía unirse a Chechenia y a los demás oasis de libertad y de justicia divina que irían surgiendo en Daguestán, para así formar el embrión del futuro califato caucásico.

Pasados tres días, los líderes chechenos y daguestanos de la revuelta se reunieron en la aldea de Ansalta, que habían conquistado sin combatir. Tras una breve deliberación, eligieron un gobierno insurgente en el cual se encontraban los representantes de medio centenar de pueblos perdidos entre las montañas, y en los cuales se vivía según mandaban los preceptos del Corán, sin haber necesitado para ello revoluciones ni rebeliones armadas. En algunas aldeas fueron expulsados los policías y los funcionarios colocados allí por las autoridades centrales; en otras, ellos mismos se habían ido ya antes, huyendo de la pobreza y del futuro gris que les aguardaba, como también lo habían hecho los maestros, los médicos o los ingenieros agrónomos. Muchos de los líderes de la rebelión —mullahs, periodistas, poetas— habían pasado ya largas temporadas en la cárcel o en las colonias penales de la lejana Siberia. Su lucha —encaminada a liberar el Cáucaso de los ocupantes rusos—, aunque aparentemente fuera infructuosa, y su religión, el islam, prohibida por los ocupantes rusos, eran castigadas con la prisión y el destierro. Al frente del consejo de los insurgentes se colocó el mullah Bagauddin Magomédiv, de Kizliar, que poco después se proclamó jeque, mientras que Siradyin Ramazánov, un ávaro de Gunib, se convirtió en su visir. Anunciaron la creación de una república musulmana independiente y declararon una guerra santa a Rusia. También necesitaban un emir que los condujera a la victoria, y para ese cometido eligieron, sin un solo voto en contra y ni siquiera un atisbo de duda, al comandante checheno que había dirigido a los rebeldes desde Chechenia hasta la frontera daguestana, y al cual la guerra contra los rusos lo había elevado a la categoría de héroe en todo el Cáucaso. Se llamaba Shamil Basáyev.

Al día siguiente, aviones rusos bombardearon Ansalta. Dio así comienzo una nueva guerra, a la cual seguiría otra, mucho más terrible que cualquiera de las que hasta entonces se habían vivido en la región.

Los helicópteros se elevaron pesadamente, lanzando sonidos que más parecían quejas; sus fuselajes grises con estrellas de color rojo se afanaban por avanzar en el aire fresco y límpido de la mañana, como alguien que luchara desesperadamente con las olas para no hundirse en el mar. Desde la localidad de Botlij, situada en un monte de cierta altura, se les podía contemplar cuando recorrían volando el desfiladero, con el morro inclinado hacia el arroyo, como si quisieran ver su imagen en el agua o descubrir algo oculto entre las piedras. Al llegar al pie del monte, donde el desfiladero describía una curva para evitar la colina y la ciudad pegada a su ladera, se apartaban bruscamente del riachuelo, como si en el último momento hubieran advertido una roca contra la cual hubiesen estado a punto de estrellarse. Los helicópteros subían más y más, gimiendo por el esfuerzo realizado para salir lentamente del barranco hasta alcanzar la vertical de la plaza mayor de Botlij. Después permanecían un rato suspendidos sobre la ciudad, alineados, como si estuvieran analizando la situación, para al cabo de un rato lanzar un feroz ataque contra el monte que formaba la pared opuesta del desfiladero. Los lugareños llamaban a ese monte Oreja de Asno. En sus laderas, así como en las del Monte Pelado y en la aldea de Tando, situada entre ambas montañas, se habían escondido los guerrilleros llegados desde Chechenia que pretendían organizar una rebelión armada en una población tan tranquila como era Botlij. El primer día habían llegado hasta las afueras y con certeros disparos de lanzagranadas habían destruido varios helicópteros rusos en el helipuerto que habían improvisado en un terreno lleno de rocas. Sin embargo, lo que no lograron fue espolear a los ávaros del lugar para que lucharan junto a ellos; es más, los montañeses locales no solo no se dejaron convencer por los recién llegados, sino que se pusieron en su contra. Por ejemplo, los habitantes de Godoberi se armaron de viejas escopetas de cazar lobos y osos, y, tras impedir a los guerrilleros la entrada en el pueblo, les atacaron dejando caer sobre ellos avalanchas de piedras. Ante esta inesperada oposición, los guerrilleros se atrincheraron en sus escondites de las montañas, ocultaron su armamento en cuevas y bosques,

y se dividieron en pequeños grupos para defender solo los montes, los desfiladeros y las aldeas que tenían bajo su control, mientras esperaban los refuerzos y las nuevas órdenes que debían llegar desde Chechenia.

Por el día, cuando los cazas y helicópteros rusos lanzaban bombas y misiles contra ellos, los guerrilleros se resguardaban en grutas seguras, de donde no salían hasta que no cesaban los bombardeos, se hacía el silencio y los rusos enviaban a la infantería montaña arriba. Entonces, encaramados a grandes rocas desnudas, disparaban a placer contra los soldados que subían la pendiente con gran esfuerzo. Después de unos cuantos enfrentamientos sangrientos de ese tipo, los rusos renunciaron a esta estrategia. A partir de ese momento dejaron de oírse disparos de ametralladora, salvo cuando los guerrilleros daban la bienvenida a los helicópteros que les atacaban, y aún menos frecuentes fueron los combates en las laderas de los montes. Los rusos pensaron que para luchar contra los rebeldes serían más útiles los helicópteros acorazados, y durante todo el día, desde el alba hasta el crepúsculo, se dedicaron a hostigar las guaridas de los guerrilleros y a destruir las aldeas ocupadas por ellos. Sistemáticamente, día tras día, casa por casa.

A lo lejos, en las montañas que rodeaban Botlij, resonaban explosiones sordas, y las columnas de humo blanco señalaban los lugares donde habían caído las bombas o los misiles, entre peñas grisáceas y bosques verdes. Cuando los ataques se intensificaban, las nubes de humo envolvían las laderas y las cimas de los montes como si se tratara de una niebla espesa. Solo a la hora de comer se detenían los bombardeos, al mediodía, cuando el calor resultaba menos soportable.

En la ciudad no se oía ni el vuelo de una mosca. Daba la impresión de que sus habitantes estuvieran conteniendo la respiración y escucharan en tensión las lejanas explosiones, para intentar adivinar así lo que les deparaba el futuro. En la plaza mayor, cuyo pavimento aún era de empedrado, ancianos de grandes bigotes y con gorros de piel se sentaban encogidos en un pequeño banco. Observaban aquel espectáculo bélico de las montañas sin pronunciar palabra y apenas sin



moverse. Se pasaban el día en la plaza, a semejanza de los escasos árboles del lugar, tan viejos como ellos, cuya sombra los protegía de los rayos solares. Parecían veteranos a los que se hubiera invitado a una función gratuita por los servicios prestados: después de ser acompañados hasta el patio de butacas con todos los honores y quedarse solos, veían en silencio una representación que se repetía sin cesar, aunque no alcanzaban a entender ni el argumento ni la idea principal. Esa sensación resultaba aún más intensa por el hecho de que la ciudad entera semejava un anfiteatro esculpido en una escarpada peña. Las gradas las formaban las paredes montañosas que rodeaban Botlij, en cuyas grietas y fallas se han ido encajonando a lo largo del tiempo filas de casas hechas de piedra, apiñándose, empujándose y subiéndose unas encima de otras, tratando de encontrar soporte y equilibrio. Los tejados de las situadas más abajo servían de patio a las construidas más arriba, y las que estaban a la misma altura compartían muros. Esa pugna frenética, esa lucha por el espacio físico, apenas dejaba sitio para las callejuelas estrechas y sinuosas que llevaban desde las zonas altas de la ciudad hasta la plaza mayor y la pequeña mezquita edificada a un lado. Ese era el punto central, el más importante, un lugar sagrado y reservado para los ancianos, que contemplaban día sí, día también cómo los aviones y helicópteros atravesaban aquel sereno cielo azul oscuro y ahuyentaban a los azores y las águilas.

Los niños normalmente se subían a los tejados y a las copas de los árboles, miradores ideales desde los cuales se veía perfectamente el cielo —tomado por aviones y helicópteros—, las montañas y, a lo lejos, el desarrollo de la guerra. Los tejados y los árboles más concurridos eran los que estaban en los límites de la ciudad, junto al despeñadero por el cual subían volando los helicópteros. Desde el borde del barranco uno podía distinguir las caras de los pilotos cuando las máquinas llegaban a la altura del saliente en el que se encontraba Botlij. Los chavales allí reunidos chillaban entusiasmados cada vez que aparecía algún helicóptero. Las mujeres, por su parte, veían la guerra desde los huertos de sus casas, o más bien lanzaban miradas fugaces e inquietas en esa dirección mientras cocinaban o sacaban agua de los pozos; abandonaban un momento las tablas de lavar y las

ollas humeantes, se enderezaban, con una mano se protegían la vista del sol y miraban al cielo.

Desde el amanecer hasta el momento en que, a la caída del sol, la voz lastimera del muecín llamaba a los fieles a orar en la mezquita, la ciudad entera quedaba paralizada, contemplando los helicópteros y escuchando las lejanas explosiones. Y con ella, también nosotros los periodistas.

No había otra cosa que hacer. No sucedía nada. El problema era que desde nuestro anfiteatro no se divisaba el escenario en el que estaba teniendo lugar la representación: una gran montaña verde nos tapaba la visión. Oíamos los ecos de los combates. Veíamos las columnas de humo elevándose sobre la cima del monte y los aviones y helicópteros que desaparecían tras ella. Tres llegaban volando, tres se iban volando. Luego una explosión, humo, una pausa, y vuelta a empezar. Llegaban dos, detrás otros dos, explosión, humo, ruido de motores y aparatos alejándose. Y allí estábamos nosotros, como espectadores en un teatro en el que la función ya hubiera comenzado pero nadie se hubiera acordado de levantar el telón. No sabíamos lo que ocurría en el escenario, y aunque los actores entraban y salían de él y percibíamos los sonidos de la representación, solo podíamos imaginarnos la trama y el curso de los acontecimientos.

Tampoco podíamos movernos ya de allí. El ejército había cerrado las carreteras que atravesaban las montañas en dirección a Vedeno, en Chechenia, y los soldados de los puestos que rodeaban Botlij ni siquiera nos permitían dirigirnos a Godoberi, porque al parecer en las inmediaciones había combates. Nos debían haber llevado allí unos ávaros con los que habíamos volado desde Moscú hasta Majachkalá en un avión vacío. Vivían en Godoberi, pero en verano se trasladaban a Rusia para trabajar como obreros en la construcción. Habían dejado sus trabajos después de oír por la radio las noticias acerca de los guerrilleros chechenos que habían cruzado impetuosamente la frontera, y se dirigían a su pueblo para luchar contra los intrusos. En el viaje discutieron entre ellos a cuenta de las armas: uno de ellos decía que debían comprar fusiles en el mercado de Majachkalá, pero otros dos opinaban que no era necesario gastarse el